

las fuerzas de la naturaleza, sino a una *intervención especial* de Dios. De manera que la *causa eficiente* de esta transformación hay que referirla a Dios, y no a las mutaciones y la selección natural. Es decir, a la evolución.

Huelga destacar que desde el punto de vista evolucionista esto es, una vez más, *inaceptable*, ya que introducir a Dios en este esquema, no sólo es superfluo, sino también contradictorio.

Si la evolución es capaz de producir hombres a partir de monos —como afirma la hipótesis darwinista— la intervención especial de Dios obviamente está de más.

Si la intervención especial de Dios es necesaria, lo que está de más es la evolución.

Absolutamente ningún evolucionista de prestigio en el mundo toma en serio esta posibilidad de una intervención divina especial en el origen del cuerpo humano.

Pero fíjese lector, que si aceptamos esta intervención especial de Dios para transformar el cuerpo de un mono en el cuerpo de un hombre, no sólo está de más la evolución, sino que también —y como lógica consecuencia— *¡está de más el mono!*

Porque si Dios fue la causa eficiente de este cambio, entonces es exactamente lo mismo si la materia utilizada fue un mono, una culebra, un insecto, o un puñado de tierra.

Aunque pensándolo bien, no es exactamente lo mismo...

Lo más lógico es que haya sido «un puñado de tierra».

Desde ya que no voy a recurrir para analizar este punto al relato del Génesis, donde en forma inequívoca se afirma que el hombre fue formado a partir del polvo de la tierra, pues —según los evolucionistas católicos— interpretar «polvo de la tierra» donde dice «polvo de la tierra» es algo absolutamente inaceptable.

Ya sea porque interpretar de esta manera es hacer «literalismo», lo cual sería propio de «protestantes fundamentalistas» o, en su defecto, porque evidenciaría una ignorancia propia de brutos

medievales, cautivos de una concepción «estática» (?) del Universo, y no esclarecidos aún por la revelación darwinista.

Tampoco voy a citar a Santo Tomás, para no hacerlo quedar mal... , pues el Angélico Doctor, con ingenuidad e ignorancia (¡¡perdón!!) propiamente medievales, interpreta la formación de Adán literalmente a partir del polvo de la tierra, y la formación de Eva, también literalmente (¡horror!), a partir de una costilla de Adán.

No. Todo esto está «superado».

Para ser un católico a la altura de los tiempos, donde el Génesis dice «polvo de la tierra», hay que interpretar «mono», pues eso es lo que indica la «ciencia» (esto es, ¡la hipótesis darwinista!).

De manera que la única razón para introducir al mono en este contexto, sería de orden supuestamente «científico», basada en la aceptación incondicional del dogma darwinista.

Antes de la aparición de la hipótesis evolucionista, a nadie se le hubiera ocurrido semejante exégesis.

Como los católicos evolucionistas se ufanan de ser muy científicos y modernos, es pertinente que analicemos entonces cuán sólidos son los fundamentos especulativos para proponer, con tanta certeza, que el hombre se habría formado a partir de un mono y no del polvo de la tierra.

Y aclaro que intentaré hacer este análisis, siguiendo –hasta donde sea posible– varios de los postulados de la propia hipótesis evolucionista.

Los evolucionistas contra la evolución

La razón de por qué se insiste en el mono, como la forma animal a partir de la cual se habría formado el hombre, es porque se supone que de esta manera sería más fácil, más racional, más comprensible, esta transformación. Es decir que, de esta forma, se haría menos violencia a las leyes de la naturaleza, dada la mayor «proximidad biológica» entre el mono y el hombre. Proximidad basada en el parecido o semejanza – morfológica o molecular– entre el cuerpo de un mono y el de un hombre.

Pero esto es, nuevamente, un sofisma, que indica una superficialidad en el análisis y una ingenuidad en los argumentos, propios de un «medio pelo» científico formado en la lectura irreflexiva de obras de divulgación.

Y el error fundamental gira alrededor del concepto de «proximidad biológica», que es sumamente equívoco y se presta a graves confusiones, en tanto deje de ser una *constatación empírica de semejanza*, para transformarse en un *fundamento especulativo de procedencia*.

En otras palabras: una cosa es la proximidad biológica estática –aparente– basada en una *comparación* y otra, muy distinta, es la proximidad biológica dinámica –real– resultante de una *derivación*.

Una constata un *parecido*, la otra indica un *parentesco*. Dos cosas perfectamente distintas.

Lo que importa aquí no es primordialmente la forma «semejante», sino la *generación* de la misma, ya que la forma semejante es, en muchísimos casos, el resultado de una misma *convergencia* y no de una misma *procedencia*.

Dejando aparte —a los fines de la especulación— las grandes diferencias que existen entre el cuerpo del hombre y el cuerpo de un mono, es cierto que uno y otro, efectivamente, se parecen. Esto es, se parecen como *ideas*. Y se diferencian también como *ideas*.

Y dos ideas diferentes son tanto más *contradictorias en la realidad*, cuanto más se *aproximan en la apariencia*. De la misma manera que una disonancia es tanto más estridente, cuanto más se aproxima a la nota básica.

Como dije, el cuerpo del hombre y el cuerpo de un mono se parecen. Pero, ¿quién está en realidad más cerca biológicamente de un hombre? ¿un mono —que se parece a un hombre— o un cigoto humano, que en nada se parece a un hombre?

Para hacer una analogía. Supongamos que usted vive en el décimo piso de un edificio de propiedad horizontal. ¿De quién está usted realmente más cerca, digamos como para darle la mano? ¿De su vecino también del décimo piso del *edificio del frente*, que esté —supongamos— a sólo 4 metros de distancia, o de su vecino de la planta baja de su *mismo* edificio? ¿De quién está más cerca?

Lo que quiero significar con esto, es que el mono, como cualquier otro ser viviente, posee un altísimo grado de diferenciación biológica («décimo piso»). Esto es, un altísimo grado de *especialización*. Toda su materia, desde su configuración externa, hasta la especificidad de sus moléculas constitutivas, está determinada por la forma sustancial «mono». De la misma manera que el hombre posee también una altísima diferenciación biológica, determinada por la forma sustancial «hombre».

Ahora bien. Es una ley biológica establecida, que ningún ser diferenciado (especializado) se puede transformar en otro ser diferenciado, *en forma directa*. De la misma manera que no se puede transformar un vaso de vidrio en una botella en forma directa. Primero hay que fundir el vidrio del vaso y luego hacer la botella. Es decir, primero hay que quitarle la forma «vaso» a la materia vidrio, y luego hacer la forma «botella».

En otras palabras, *hay que reducir el vaso a su materia prima, y luego darle la forma botella*. Pues una forma sustancial es metafísicamente *incompatible* con otra forma sustancial de su mismo nivel ontológico. Y la forma es lo que diferencia y da propiamente el ser*.

Algo muy semejante ocurre con los seres vivos.

Es por eso que —desde el punto especulativo— sería mucho más lógico (y científico), concebir la formación del cuerpo de un hombre a partir de los elementos químicos que lo constituyen, que a partir del cuerpo de un animal preexistente. Porque si no, sería un doble trabajo: reducir primero el animal a sus elementos constitutivos, y luego formar al hombre.

Y es un hecho científico universalmente aceptado —a partir de Maupertuis— que todos los fenómenos en la naturaleza se realizan de manera tal, que el tiempo y la energía involucrados son siempre el mínimo.

Una de las generalizaciones más fundamentales de toda la ciencia, y que se conoce con el nombre de «principio de mínima

*Si usted quiere un ejemplo más «científico» y biológico lector, recuerde simplemente el caso de la metaplasia epitelial, definida en su momento como el reemplazo de un epitelio maduro por otro también maduro. El problema es que se pensaba que esto ocurría en forma *directa*. Hoy sabemos que efectivamente hay un reemplazo de un epitelio maduro por otro igualmente maduro, pero en forma *indirecta*, esto es, no se trata de que las células maduras se transformen directamente en otras también maduras, sino que nuevas células germinales indiferenciadas se diferencian hacia otro tipo de epitelio.

acción». Y si Dios, autor de la naturaleza, creó este principio, no sería ilógico pensar que actuara de acuerdo con él.

De manera que los evolucionistas creyentes, en su afán —loable por cierto— de preservar la ciencia de toda contaminación teológica superflua, es decir de evitar postular innecesariamente una intervención especial de Dios para formar el cuerpo del hombre, parecieran no darse cuenta de que de la forma que ellos lo proponen están, en realidad, postulando *dos* intervenciones especiales, o si usted prefiere, una intervención doble: desespecializar («desmonizar») al mono, y luego formar al hombre. Es decir, un doble milagro. Y para colmo un milagro extraño; «antinatural» o «contranatural», por así decir, en lugar de sobrenatural.

En otras palabras: *se haría mucho más violencia al orden natural, transformando un mono en un hombre, que formando a este último directamente a partir de la materia inanimada.*

Y ya que estamos especulando...

No hace falta que le diga lector, que no estoy tratando de racionalizar la creación del hombre, que es y será siempre un *misterio*, inaccesible al conocimiento científico. Sólo estoy tratando de racionalizar la *especulación* acerca de ella.

Si cualquier cacatúa evolucionista se permite especulaciones que prácticamente equivalen a sostener que Dios tendría que haber actuado de acuerdo a la hipótesis darwinista (!), creo tener el derecho, como buen ciudadano antropomórfico, a especular yo también.

Aunque más no sea por diversión...

Este argumento sobre la dificultad que plantea la especialización, para la transformación de un organismo en otro, esencialmente distinto, no es ningún secreto de iniciados, lector, ni tampoco una suerte de descubrimiento sensacional digno de un Cuvier. No. Esto es moneda corriente en Biología.

De hecho, los autores evolucionistas —aunque a regañadientes— son conscientes de esto y de ahí su insistencia en que el hombre se habría originado a partir de un *mono no especializado*.

¡Este sería el famoso «antecesor común»!

El problema es que un mono, como cualquier otro animal (o vegetal) no especializado ¡no puede sobrevivir! Su supervivencia

depende precisamente de su especialización. Esto es, de su *adaptación*. Los seres inadaptados son —por definición— eliminados por la selección natural.*

Es por ello que no existe ningún animal, o vegetal —viviente o fósil— no especializado.

En toda la infinita variedad de organismos que conforman la biosfera, sólo existe *un* ser viviente relativamente no especializado: el *Homo Sapiens*. Precisamente porque su supervivencia no depende —como en los demás seres vivos— de la posesión de un cuerpo especializado, sino de su *inteligencia*. Y de sus *manos*, que al ser no especializadas, son capaces de procurarle infinitos instrumentos que aseguren su supervivencia.

Es por ello que ha habido y hay destacados antropólogos y primatólogos, que sostienen que sería mucho más lógico *concebir* la derivación de la forma «mono» a partir de la forma «hombre», que a la inversa. Porque de una forma generalizada se puede obtener una especializada. Pero a la inversa es imposible.

Y es imposible porque «*la evolución es irreversible*»¹⁴ y produce una serie de «*callejones sin salida*»¹⁵, nos recuerda nada menos que Julián Huxley. Y Simpson, a su vez, concuerda en que... «*la especialización está en relación inversa con la posibilidad de un mejoramiento ulterior*»... «*y tiende a disminuir la posibilidad de cambios en cualquier otra dirección*»¹⁶.

*No todos, claro. Algunos quedamos... para escribir libros contra la evolución.

14) Julián Huxley, *Evolution and Genetics*, Simon and Schuster, 1955, p 272.

15) Julián Huxley, *La evolución. Síntesis moderna*, Losada, 1965, p 544.

16) George Gaylord Simpson, *El sentido de la evolución*, EUDEBA, 1977, p 182.

Bermudo Meléndez por su parte, el conocido paleontólogo español, expresa que:

«La especialización es un *callejón sin salida*, un camino que, una vez emprendido, *no es posible retroceder* y, en consecuencia, *sólo puede terminar en la extinción del grupo biológico*»¹⁷.

De manera que los evolucionistas están equivocados, y esto en base a sus mismos presupuestos, no sólo en postular una derivación o parentesco entre el mono y el hombre, sino también en el *sentido* de este supuesto parentesco. Ya que de ser el mono pariente del hombre, sería mucho más lógico postular que es nuestro *descendiente* y no nuestro *antecesor*.

Es innecesario que le aclare lector, que no estoy diciendo que el mono descienda del hombre.

Simplemente estoy tratando de demostrar que aun aceptando parte de los argumentos darwinistas, la hipótesis de la evolución termina fatalmente en la contradicción. Por eso dije que era más lógica (la derivación del mono a partir del hombre). No que fuera real.

Pero reitero: no existen «formas generalizadas» en sentido estricto. (Este es uno de los tantos mitos evolucionistas).

Por ello, llevando este razonamiento hasta sus últimas consecuencias, entiendo que es mucho más lógico —especulativamente hablando— concebir la formación del cuerpo del hombre a partir de los elementos químicos que lo constituyen, que a partir de cualquier forma animal preexistente, que por estar *ya diferenciada* —por estar en «un callejón sin salida»— sólo puede diferenciarse aún más *en la misma línea* (diversificarse) o *desaparecer*.

En otras palabras, es mucho más lógico concebir la formación del cuerpo del hombre a partir de la *materia inanimada*, que a partir de cualquier forma animal preexistente.

17) Bermudo Meléndez, *La evolución*, B.A.C., 1976, p 265.

Si a algún lector pudiera parecerle «poco científica» esta conjetura, de que el hombre hubiera podido originarse a partir de la materia inanimada, me permito recordarle que *la hipótesis evolucionista postula esencialmente lo mismo.*

Como hemos visto al principio del opúsculo, la evolución habría partido de la *materia inanimada*, para producir una «bacteria» y luego mutaciones y selección natural mediante todos los seres vivos, incluido el hombre.

De manera que tanto el creacionismo como el evolucionismo sostienen que el hombre se habría originado, en última instancia, a partir de la materia no viviente.

Por cierto que el evolucionismo postula que ello habría ocurrido en *millones de años*, y a través de una larga serie de *organismos intermedios.*

Pero atención que, una vez más, aquí hay dos conceptos muy importantes que clarificar: el concepto del *tiempo* y el de los *organismos intermedios.*

El sofisma del tiempo

*R*especto del tiempo, digamos en primer término que nadie sabe en realidad qué es. Vale decir, cuál sea su naturaleza. Si se trata de algo absoluto o relativo. Después de la teoría de la Relatividad su condición de ente absoluto parece por lo menos opinable.

Pero más allá de estas disquisiciones, me parece importante destacar que el nudo del problema no pasa por el tiempo, sino por otro tipo de cuestiones que hacen a lo propiamente biológico, como el problema de la *especialización* que vimos más arriba.

Para hacer una simple analogía que nos ayude a visualizar el hilo de la argumentación, tengamos presente que el hombre necesita tiempo para hacer una obra precisamente porque por nuestra materialidad estamos sujetos a las leyes del tiempo (y del espacio). Pero es un hecho de nuestra experiencia cotidiana, que cuanto más hábil es un artesano, por ejemplo, menor es el tiempo que necesita para realizar su obra. De manera que *cuanto mayor es la inteligencia involucrada en la realización de un proceso, menor será el tiempo necesario para su compleción.*

Y una inteligencia infinita —como se supone que debe ser la de Dios— ¿cuánto «tiempo» necesitaría para hacer un hombre a partir de sus elementos constitutivos?

Y además, ¿qué sentido tiene hablar de «tiempo» en referencia a un Dios que está fuera del mismo?

Pero insisto. El tiempo no es la cuestión fundamental. Lo fundamental es la *dirección* del proceso.

Que un fenómeno incomprensible nos parezca menos incomprensible si se desarrolla lentamente, es sólo una ilusión, producto de la estructura de nuestra mente.

Suponga lector que viésemos a un hombre elevarse lentamente hasta llegar al décimo piso de un edificio, ¿nos parecería acaso menos milagroso y más «científico» que verlo saltar de pronto hasta dicha altura? En ambos casos el fenómeno iría en *contra de la ley* de la gravedad. Rápida o lentamente, no tiene ninguna importancia.

Esto en cuanto al tiempo.

La falacia de los organismos intermedios

Pero veamos ahora la cuestión de los *organismos intermedios*.

Si por este término entendemos el conjunto de los seres vivientes —o fósiles— que van desde las bacterias hasta el hombre, es decir las distintas especies conocidas, esto no hace más plausible la aparición del hombre. Mejor dicho, la hacen imposible. De la misma manera que una serie de «*callejones sin salida*» le hacen a usted imposible llegar a su destino.

Tengamos presente que la famosa Scala Naturae, o Gran Escalera del Ser, de Platón, Aristóteles y Santo Tomás, es una gradación *ontológica* y no *genealógica* (ni siquiera cronológica). Es una *jerarquía* no una *genealogía*. Es decir, es un ordenamiento *ideal* y no «*filiab*». En el sentido de que unos *desciendan* de los otros. Son una serie de «*callejones sin salida*» sin las varas laterales que los conecten.

Ahora, ¿de qué le sirven a usted los travesaños de una escalera de mano sin las varas laterales que los conecten? ¿Podría usted llegar a un «*décimo piso*» a través de una escalera *ideal*?

En el reino de la fantasía (y de la hipótesis darwinista), tal vez. En la realidad, no.

Ahora, si por «*organismos intermedios*» entendemos los seres que conectarían las distintas especies entre sí —que es lo que los

autores evolucionistas significan con este término— esto tampoco resuelve el problema, por la muy sencilla razón de que estos seres «intermedios» simplemente *jamás han existido*. Son sólo *entes imaginarios* postulados por la hipótesis evolucionista, pero no realidades biológicas. Seres abstractos, no sólo *jamás encontrados*, sino además, *imposibles de concebir*.

Esto, que ya había sido demostrado desde el punto de vista paleontológico, por la *ausencia de fósiles intermedios*, se confirma ahora con los estudios basados en la comparación de las secuencias de aminoácidos de las proteínas de distintas especies.

Desde el punto de vista de la biología molecular comparada, tampoco existen organismos «intermedios».

Es por ello que algunos científicos, que son evolucionistas —pero que a pesar de ello han conservado su sentido crítico y que están al tanto de los últimos descubrimientos en el campo de la biología molecular— han comenzado a postular el origen *polifilético* de las especies. Es decir, nada de «bacteria primitiva», de la cual se habrían derivado las distintas especies (la postura darwinista). Nada de «árbol genealógico común», sino simplemente árboles. Uno para cada especie o grupo básico^{18, 19}.

Y estos autores postulan el origen *polifilético* de las especies (que es la lápida definitiva sobre la tumba del darwinismo), no porque sean «ignorantes», «estúpidos», «locos», «fanáticos religiosos» o «malvados» —como según los evolucionistas (partidarios acérrimos ellos del respeto y la amplitud de criterio...) son todos aquellos que se atreven a cuestionar el dogma darwinista— sino porque no hay otra manera racional de explicar los hallazgos fósiles y moleculares.

18) Christian Schwabe and Gregory Warr, Perspectives in biology and Medicine 27 (3), Spring 1984, pp 465-485.

19) Christian Schwabe, Trends in biochemical sciences, Julio de 1986, p 280.

Ahora bien, decir polifiletismo significa, hablando claro, que *las especies se originaron cada una por separado*, esto es, independientemente unas de otras. Y si esto fue así, entonces no hay otra salida que postular que se originaron a partir de la materialidad preexistente del cosmos. Es decir, de la materia no viviente.

¿Se da cuenta lector? Tanto lío, para llegar otra vez al «polvo de la tierra», esto es, a la materia inanimada.

El problema está en que la materia inanimada —por sí misma— no puede originar ninguna especie. Ni siquiera una «bacteria». ¡Qué digo bacteria! ¡Ni siquiera una molécula de proteína!

No puede en absoluto.

Y no puede, porque todos los seres vivos, desde una «simple» bacteria, hasta un Homo Sapiens, se caracterizan por una organización de fantástica complejidad, que no sólo no está presente (ni en esbozo) en la materia no viviente, sino que está positivamente excluida de aparecer, en términos absolutos, a partir de las leyes que rigen la misma. Leyes que hacen que la materia inanimada tienda inexorablemente hacia el desorden y la degradación.

¿Y entonces?

En la visión cristiana de la cuestión, esto no plantea problemas especulativos, porque Dios puede ciertamente formar el cuerpo de un hombre —al igual que el de las demás especies o grupos básicos— en forma directa a partir del «polvo de la tierra», es decir a partir de la materia inanimada. (En el supuesto, claro, de que esto no esté también «superado»).

¿Quiere decir entonces que Dios habría formado *directamente* al hombre, a partir del polvo de la tierra, en forma *instantánea*?

No lo sé. Yo no estaba ahí en ese momento.

Los evolucionistas tampoco, valga la aclaración.

Pero si un simple hombre puede —gracias a su inteligencia— actuar sobre la materia inanimada y organizarla para producir

una proteína, digamos, ¿cuál sería la dificultad para aceptar que una Inteligencia infinita actuando sobre la materia no viviente, la organizara para producir un hombre?

Hablo de dificultad *especulativa*, no de dificultad *imaginativa*, o —si usted prefiere— de dificultad lógica y no psicológica. Esto es, de la dificultad para aceptar la racionalidad de un fenómeno y no de la dificultad para visualizar o «comprender» cómo habría ocurrido ese fenómeno.

Porque si es por eso, tampoco «comprehendemos» cómo es que se forma un bebé a partir de un cigoto humano.

La Embriología describe los sucesivos estadios de este desarrollo, pero no puede en absoluto dar la explicación del «cómo» ni del «por qué».

(No se aflija demasiado lector. Tampoco sabe nadie realmente lo que es un electrón, la fuerza de gravedad, el magnetismo, por qué late el corazón, ni por qué florecen los árboles en primavera).

Sabemos que este maravilloso y misterioso proceso de la *morfogénesis* del embrión, es decir, de la generación de la forma a partir de la materia informe, ocurre en última instancia gracias a la *información* inscrita en el código genético del cigoto. Más allá de que no comprendamos cómo se realiza este proceso.

Ahora bien, una información es un mensaje, y como tal, producto de una *inteligencia*.

De manera que el mensaje *inteligente* (valga la redundancia) inscripto en el código genético, es el responsable de que el protoplasma del cigoto (la base material de la vida) se organice hasta producir toda la complejidad de la estructura del cuerpo de un recién nacido. Complejidad de la cual no hay ni rastros en el cigoto. En el sentido de que estas estructuras no están en absoluto en el cigoto, en estado de esbozo, digamos.

En otras palabras: la estructura del protoplasma del cigoto no tiene absolutamente nada que ver con la estructura del organismo a término.

En resumidas cuentas: el mensaje inscripto en el código genético, es el responsable de la formación del cuerpo humano, a partir de un protoplasma que no tiene en absoluto forma de hombre, que es «informe» (en este sentido)*, mediante la incorporación de materia adicional, a través de la madre y a partir del medio ambiente (también informe), como son las moléculas sencillas de las sustancias nutritivas del embrión, que son a su vez organizadas por la información del código genético.

(Digamos de paso que la formación de un bebé es algo tan absolutamente maravilloso, que si no caemos de rodillas frente a cada nacimiento, es simplemente porque lo vemos todos los días).

Pues bien. Si una inteligencia inmanente al cigoto (el mensaje genético) es capaz de producir un cuerpo humano a partir de un protoplasma indiferenciado, la única *inferencia lógica*, es que una inteligencia debió también actuar sobre la materia indiferenciada para producir el cuerpo del primer hombre.

Y hago hincapié en estas cuestiones, pues el problema del origen del hombre —dada su naturaleza— no puede ser abordado a través del método científico, que supone la *observación y reproducción experimental* de los fenómenos.

En esta cuestión, nuestro conocimiento sólo puede ser de naturaleza *especulativa*, y esto de dos modos:

- 1) *directo o negativo*: demostrando que, de acuerdo a las leyes científicas, el hombre no pudo haberse formado a partir de una forma viviente inferior. (Este conocimiento es demostrable y cierto).
- 2) *indirecto o analógico*: mostrando cómo se forma un ser humano en la actualidad y a través de una relación de semejanza, inferir cómo habría sido posible la formación del primer hombre. (Este conocimiento es sólo conjetural).

*Vale la pena recordar que no existe materia *absolutamente informe*, filosóficamente hablando.

Ahora bien. Fíjese lector que la formación del bebé, para seguir con el ejemplo, no pasa por distintos estadios de organización, en el sentido de que primero sería como una «ameba», luego como un «pez», luego como un «anfibio», luego como un «mono», para producir finalmente un ser humano, sino que la forma «hombre» se va configurando *directamente* a partir del cigoto indiferenciado.

Hago esta aclaración, porque allá por 1866 Ernst Haeckel, el jefe del darwinismo en Alemania, propuso justamente esta genialidad: que el ser humano, primero era como una ameba, luego como un pez, luego como un anfibio, etcétera, hasta llegar a la forma hombre.

Es decir, que *la ontogenia recapitulaba la filogenia* (el origen del individuo, recapitulaba el origen de las especies): la llamada «ley biogenética fundamental» (!) que fue aclamada por Darwin como una de las evidencias más importantes de su hipótesis, y aceptada fervorosamente por todos los darwinistas.

Este disparate, refutado ya por Walter Garstang en 1922, fue definitivamente sepultado por los propios darwinistas a partir de la década del 50, gracias sobre todo a los trabajos de Sir Gavin de Beer, uno de los embriólogos más eminentes del siglo.

Ahora, Haeckel no era un imbécil (quiero decir, no de nacimiento). Era simplemente un darwinista coherente. (Por algo decía Bernard Shaw que el darwinismo tiene una capacidad asombrosa para reducir a sus seguidores a la más completa idiotez).

Lo único que hizo fue aplicar la filogenia (según la ortodoxia darwinista) a la ontogenia. Y claro. Al partir de un absurdo, terminó fatalmente en otro. Con la diferencia de que este absurdo —el de la ontogenia— se puede observar y por ende refutar científicamente, porque gracias a la Embriología —ciencia verdadera— podemos analizar en forma directa (esto es, aplicando el método científico) el origen de un ser humano a partir de un

cigoto, cosa que no podemos hacer con el origen del primer ser humano.

Por ello es que los darwinistas actuales no aceptan ya la teoría de la recapitulación, pero continúan aceptando la hipótesis darwinista que le dio origen.

Dije los evolucionistas actuales pero, valga la redundancia, esto sólo se aplica a los evolucionistas actuales que están *actualizados*. Porque en muchos colegios y universidades, todavía se sigue enseñando «la teoría de la recapitulación», con el mismo fervor, la misma ingenuidad y la misma descomunal ignorancia, que en Europa a fines del siglo XIX.

De manera que si el cuerpo de un hombre se forma *directamente* a partir de un cigoto indiferenciado, una vez más, la única inferencia racional es que con el cuerpo de Adán habría pasado lo mismo, a partir de la materia inanimada.

Además, dado que no existía una matriz para albergarlo, el hombre tendría que haber sido formado de manera *instantánea* y como no tenía padres para cuidarlo, tendría que haber sido formado en estado *adulto*, para que pudiera sobrevivir.

Si algún lector objetara que esto es absurdo, debo simplemente decir que no lo es.

Absurdo es algo contrario a la razón. Y la creación directa e instantánea del hombre a partir del polvo de la tierra no es un absurdo. Es sólo algo incomprensible, vale decir, un misterio.

Pero, ¿acaso no se están formando ya embriones humanos sin necesidad de matriz?

Y usted cree lector que la ciencia tiene, acaso, la más remota idea de por qué un embarazo humano dura nueve meses? Por lo que sabemos podría durar veinte o tres.

Insisto. La dificultad no es de orden *lógico* sino *psicológico*.

Como dije, la formación de un ser humano a partir de la materia inanimada, no plantea problemas especulativos desde una óptica cristiana.

El problema es para la hipótesis evolucionista, que no acepta —no puede aceptar— la intervención especial de Dios en ninguna etapa de la evolución, si quiere conservar un mínimo de coherencia.

Los evolucionistas creyentes, es decir aquellos que sostienen que Dios sólo puede actuar a través de las causas segundas y por consiguiente pretenden que la evolución habría sido el *método* del cual se valió Dios para realizar la Creación, optan por decir que Dios habría «programado», el sistema de manera tal, que no serían necesarias intervenciones especiales ulteriores.

Es decir que las leyes físico-químicas —que rigen la materia inanimada— habrían podido *originar una célula*, y las leyes biológicas —que rigen a los seres vivos— la habrían *transformado* —a través de una larga serie de organismos intermedios— en un hombre.

Esto, además de estar en contradicción con la hipótesis evolucionista —por lo que hemos visto— lo está también con lo mejor del conocimiento científico que hoy poseemos: la ley de la *entropía* y la teoría del *código genético*. Las cuales explican por qué las leyes de la materia inanimada *no* conducen a la vida (sino a la muerte), de la misma manera que las leyes biológicas que rigen a los seres vivos, no tienden a transformarlos, sino justamente a impedir su transformación, esto es, a *conservarlos* en su configuración específica.

Es por ello que, de acuerdo a los evolucionistas consecuentes, la vida no es producto de ninguna «ley biogenética», sino producto del azar, de la misma manera que el hombre es un producto del azar.

Como dice Monod:

«... sólo el azar está en el origen de toda novedad, de toda creación en la biosfera...

El Universo no estaba preñado de vida, ni la biosfera del hombre. Nuestro número salió en el juego de Montecarlo»²⁰.

20) Ref. 3, ps 125 y 157.

Y en esto, una vez más, los evolucionistas en serio tienen razón.

Pues, efectivamente, no existe ninguna «ley biogenética», «antropogenética», o lo que usted quiera.

De manera que si no se acepta la intervención especial de Dios en el origen de cada una de las novedades biológicas, no queda otra que postular que éstas fueron producto del azar.

Los evolucionistas en serio están equivocados, pero al menos en este punto son coherentes. Los evolucionistas cristianos no sólo están también equivocados, sino que además son incoherentes.

Sólo la inteligencia puede organizar la materia en todos sus niveles.

Sostener —como lo hace la hipótesis evolucionista— que la materia puede organizarse por sí misma, es un disparate científico y un absurdo filosófico.

Y aquí está la contradicción absoluta, total, irreductible, entre el evolucionismo, y cualquier visión —no ya específicamente cristiana, sino simplemente finalista o trascendente— respecto del origen de la vida en general, y del origen el hombre en particular: sostener que la materia puede organizarse por sí misma. Aquí está el meollo de la cuestión.

Comprendo que los evolucionistas en serio sostengan este disparate, porque no les queda otra. Ya sea porque niegan la existencia de Dios, o porque niegan que Dios pueda intervenir en Su creación.

A quienes no puedo comprender es a los evolucionistas cristianos, que sostienen que la evolución habría sido el método del cual se valió Dios para realizar la creación.

Tampoco los comprenden los evolucionistas en serio, aclaro.

Esta es una vieja historia, lector. Ya en su tiempo, Thomas Huxley (el *bulldog* de Darwin) se enfurecía, no contra los cristianos que no aceptaban la hipótesis de la evolución y seguían tranquilamente creyendo en el Génesis, sino precisamente contra

los que pretendían *conciliar* la hipótesis evolucionista con el Cristianismo.

De ahí su feroz ataque contra George Mivart, un católico evolucionista que sostenía, justamente, que la evolución habría producido el *cuerpo* del hombre, en tanto que su alma habría sido una creación especial de Dios. (Como se ve, los católicos evolucionistas actuales no han inventado la pólvora, como ingenua y orondamente suponen).

Pues bien. Huxley, citando —en latín!— una cantidad de textos de renombrados teólogos católicos, lo hizo pedazos a Mivart, ¡en nombre de la ortodoxia católica! («librepensadores» eran los de antes).

Es sabido que Huxley era un polemista formidable, pero leal. Si atacó por la «izquierda», fue simplemente para demostrarle a Mivart, que éste no sabía ni siquiera lo que era el catolicismo. Mucho menos lo que era el evolucionismo.

¡Ay!, cuántos Huxley necesitaríamos hoy...

Además de un polemista formidable, Thomas Huxley (el abuelo de Julián), era también un hombre de una gran honestidad moral e intelectual. Y por eso no confundía la «verdad» científica, con la lógica o la racionalidad de una creencia. Por ello él, que fue el campeón del darwinismo en Inglaterra; él, que fue el arquetipo del científico moderno; él, que acuñó precisamente el término «agnóstico» para definir su postura respecto de Dios, él, también, escribió estas palabras:

«La *Creación*, en el sentido corriente de la palabra, es perfectamente *concebible*. No encuentro *dificultad alguna* en concebir que, en algún momento, el universo no existía, y que apareció en seis días (o instantáneamente, si es por eso), como consecuencia de la voluntad de un Ser preexistente. Los así llamados argumentos *a priori* contra el Teísmo y, *concedida una Deidad*, contra

la posibilidad de actos creativos, me parecen *totalmente desprovistos de fundamentos racionales*²¹.

Ahora, si Huxley pensaba así, ¿cómo puede ser que numerosos intelectuales católicos –teólogos incluidos– hagan toda suerte de mangas y capirotos con las Sagradas Escrituras, la teología católica y los principios de la recta razón, para «armonizar» evolucionismo y Cristianismo, y que consideren a los creacionistas poco menos que retrasados mentales?

Como dije, «librepensadores» eran los de antes...

Hay otros aspectos de la hipótesis evolucionista que, entiendo, deberían ser tenidos en cuenta.

21) Thomas Henry Huxley, *Life and letters of Thomas Henry Huxley*, Macmillan, London, 1903, t II, p. 429, citado por Henry Morris, *The troubled waters of evolution*, C.L.P. Publishers, San Diego, California, 1980, p 105.

La cuestión del superhombre y el problema de la redención

Como habíamos visto, postular el origen del cuerpo humano a través de una evolución no finalista, equivale a renunciar al principio de causalidad y a los principios del ser.

Pero además, ¿cómo compatibilizar los principios del *ser*, con la visión evolucionista de *un devenir sin término*?

Porque —según el evolucionismo— «no podemos ya considerar ninguna parte del mundo vivo como *inmutable... todo es flujo y proceso*». Y atención que estas palabras no son de ningún marginal de la hipótesis evolucionista, sino de nada menos que de Conrad Waddington, genetista de la Universidad de Edimburgo, y uno de los grandes teóricos del evolucionismo en este siglo²².

Y recordemos también que *la evolución sigue actuando*²³. De manera que lo que hoy llamamos hombre, por ejemplo, no es algo con existencia definitiva, sino sólo un *momento* de la evolución. ¿Y mañana qué será? ¿El superhombre quizá?

Lo mismo vale para atrás.

22) C. H. Waddington, *Un siglo después de Darwin*, S.A. Barnett, Alianza Editorial, 1982, t I, p 20.

23) Ref. 16, p 274.

¿Cuándo comenzó el mono a ser hombre? Imposible determinarlo en el contexto de la hipótesis darwinista. Precisamente porque todo es flujo y proceso.

Darwin mismo escribió:

«En una serie de formas que van cambiando insensiblemente, desde una criatura semejante al mono, al hombre como hoy existe, sería imposible fijar un punto definido cualquiera, a partir del cual deba usarse el término hombre. Pero esta es una cuestión de poca importancia».²⁴

Naturalmente. Para Darwin era de poca importancia. Pero, ¿puede esto ser de «poca importancia» para un pensador católico? ¿Cómo armonizar esta postura con el relato del Génesis, aun haciendo la más libérrima interpretación «simbólica» del mismo?

¿Y el problema de la Redención?

¿Pueden, un semimono-semihombre, o un casi-todo-mono-un-poquito-hombre, ser *redimidos*?

¿Qué dicen los evolucionistas católicos al respecto?

En realidad no dicen nada. La ignorancia y la superficialidad con que tratan estos temas invitarían a la sorna, si no obligaran a la estupefacción.

Lo único que atinan a decir —a coro y escandalizados— es que la idea de un Dios «alfarero» (que forma al hombre a partir del barro), además de evidenciar una absoluta ignorancia científica (!), sería poco menos que una ofensa a Dios.

Pero esta imagen nunca tuvo la intención de describir «científicamente» un hecho, sino de expresar —a través de una metáfora— la *realidad de un misterio* absoluto. Y una metáfora muy hermosa, por cierto, y llena de ternura. Pues el alfarero,

24) Citado por Wilfrid Le Gros Clark, en *Un siglo después de Darwin*, S.A. Barnett, Alianza ed, 1982, t II, p 106.

que es un artesano —como Jesús— moldea amorosamente su obra con sus propias manos*. A diferencia del Gran Arquitecto Masónico, que no entra en contacto con su obra, sino que sólo hace los planos, esto es, las leyes.

Un Dios así, bien remoto, que no se «entromete» para nada en su obra, sería el único Dios aceptable (...) para los evolucionistas que no son explícitamente ateos.

El caso de Simpson, por ej., quien estaría eventualmente dispuesto (...) a aceptar un «Dios» así, como «incognoscible» Causa Primera, en el caso de que existiera.²⁵

Recordemos que para el pensamiento evolucionista, heredero de lo peor del cartesianismo, el universo material es un sistema cerrado de causas y efectos que se explica a sí mismo. Algo así como un reloj que existe y funciona por sí solo.

«No alcanzan a darse cuenta que las leyes científicas sólo *describen* el comportamiento de la naturaleza pero que no la *explican*. Que Dios no sólo da el Ser, sino que lo mantiene en la existencia. Segundo a segundo. Que todo *subsiste* en Él. Pues «*en Él vivimos, nos movemos y existimos*».

Se olvidan, o jamás se enteraron, de que si los milagros son la expresión de la voluntad *extraordinaria* de Dios, las leyes naturales lo son de su voluntad *ordinaria*. Que ni un pájaro ni una hoja caen al suelo si Él no lo dispone.

Que el universo aparece con la Creación y es conservado por la Providencia.

Para ser transfigurado en la Gloria.

*«Tus manos Señor me hicieron y me modelaron», Salmo 118, 73

25) Ref. 16, pp 159 y 217.

¿Perfección y luego pecado, o pecado y por ende perfección?

*H*ay otro aspecto de la hipótesis evolucionista que entiendo merece un análisis un tanto más crítico, desde el punto de vista intelectual, que el que formulan algunos evolucionistas creyentes, que parecen suponer que con espolvorear la palabra Dios en un escrito, ya todo está «santificado».

Jacques Monod, quien ha sido —a mi juicio— el científico de mayor nivel intelectual con que ha contado el evolucionismo en toda su historia, y que sólo decía disparates cuando su ateísmo lo obligaba a ello, en oportunidad de una entrevista televisiva en la Australian Broadcasting Co. titulada «El Secreto de la Vida» (10 de junio de 1976), expresó lo siguiente:

«La selección natural es el medio más *ciego* y más *cruel* de desarrollar nuevas especies... La lucha por la existencia y la eliminación de los más débiles, es un proceso *horrible*... Me *sorprende* que un *cristiano* quiera defender la idea de que éste es el proceso que Dios, poco más o menos estableció, para realizar la evolución»²⁶.

26) Jacques Monod, *The secret of life*; entrevista televisiva en la Australian Broadcasting Corporation, 10 de Junio de 1976, citado por Duane Gish, en *Creation scientist answer their critics*, C. L. Publishers, San Diego California, 1993, p 371.